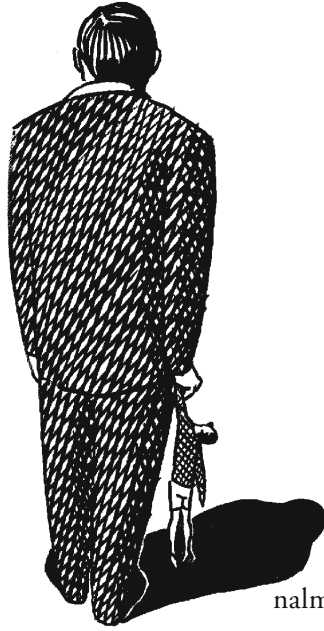


En nombre del padre



EL FOGONERO

Karl Rossman, un muchacho de 16 o 17 años, es despedido de su casa en Europa y embarcado por sus padres con destino a Nueva York, después de ser seducido (es la versión que se nos da) por una sirvienta que lo supera en edad y que tiene de él un hijo. Karl huye pues, o si se quiere, es liberado de su posición temprana de padre. Hablamos aquí del personaje de “El fogonero”, primer capítulo de la novela *América*, capítulo que parece haber sido concebido origi-

nalmente como un relato autónomo o que en todo caso fue publicado en 1913 como una obra aparte. Obsérvese que el nombre del personaje –Karl– lleva la letra K., como los personajes de las otras dos grandes novelas de Franz Kafka (el José K. de *El proceso* y el K. de *El castillo*). Esa K es el significante por excelencia de los retratos existenciales de Franz Kafka, novelista autobiográfico como ningún otro. *América* comienza con Karl experimentando una gran emoción estética a la vista de la Estatua de la Libertad, que, por un extraño

capricho del autor –premonitorio, empero, como bien se sabe–, blande la espada del conquistador en lugar de la antorcha que ilumina. Cuando, una vez que el trasatlántico atraca en el puerto de Nueva York, los pasajeros empiezan a bajar a tierra, Karl advierte que dejó olvidado su paraguas en el entrepuente y, por comodidad, para ir a buscarlo, pide a un pasajero prácticamente desconocido que le cuide su baúl, una especie de reliquia familiar que le ha dado su buena madre para el viaje, donde lleva sus pertenencias, entre ellas un buen trozo de jamón revuelto con su ropa. El barco es, como dijimos, muy grande, lleno de recovecos, y Karl se extravía. Después de dar muchas vueltas termina tocando en cualquier puerta, y allí, en un pequeño camarote donde apenas caben una silla y una estrecha cama, encuentra al fogonero, un operario de la sala de máquinas. El fogonero, en una escena típicamente kafkiana, invita a Karl a que se eche en la cama, y éste logra hacerlo después de un primer salto fallido. Prontamente el fogonero le cuenta su historia, que es una de rencillas, reclamos, razones contra su superior inmediato, todo lo cual nos recuerda de manera inevitable las reivindicaciones profusamente argumentadas de los personajes de *El proceso* y *El castillo*. La historia continúa con Karl incitando al fogonero para que presente sus quejas ante el capitán del barco y acompañándolo a

la oficina de éste (con la misma osadía con que el K. de *El castillo* pretende llevar su caso ante el poderoso Klam y penetra en el interior de su trineo). El capitán, en ese momento, está con unos funcionarios de aduana y con un caballero que porta un elegante bastoncillo de bambú. Dejando de lado todo protocolo, más aún, todo sentido de la oportunidad y de las proporciones, Karl pronuncia, ante aquellos señores, un discurso en representación y defensa del fogonero. Es un alegato que, por su índole altruista, y por la lógica y elegancia de su estilo, nos recuerda la retórica libresco-caballeresca de Don Quijote. En aquel reservado recinto, ante una asombrada audiencia, tiene lugar una especie de proceso –que en nada desmerece de otros procesos kafkianos–, en el que además de Karl intervienen el fogonero y el capitán del barco. Hacia el final irrumpe en el salón el superior del fogonero, que acusa a éste de ser un consumado picapleitos, acusación que han venido a corroborar los amigos –y amigas– del fogonero, aglomerados ante la puerta y ansiosos de prestar testimonio contra el que ayer no más era su colega y compinche. A estas alturas del drama, el señor del bastoncillo de bambú, que resulta ser nada menos que un Senador, descubre que Karl es su sobrino, y se apresura a llevárselo. La despedida de Karl y el fogonero es una escena inverosímil. Karl lo besa, llora públi-

camente en sus brazos aunque una hora antes desconocía su existencia, y se va con su tío no sin abrigar la esperanza, por completo incierta, de que su intervención personal y su influencia derivada del Senador acaben favoreciendo al fogonero.

FRIEDA

K. llega en la noche a un poblado que forma parte del Castillo y que desempeña con respecto a éste el papel de una comunidad subalterna. Para que le permitan reposar y dormir en una posada que, a esas horas, es el único lugar público que encuentra abierto, pretende ser un agrimensor contratado por los altos señores del Castillo. En realidad, ni fue llamado ni sabe nada de agrimensura. El hijo del mesonero toma el teléfono a fin de verificar ante más altas instancias las pretensiones de ese intruso que tiene todas las trazas de un vagabundo. Para extrañeza de todos lo circunstantes —la posada es una especie de taberna—, como también para sorpresa del lector, al otro lado de la línea confirman que un agrimensor ha sido llamado y que K. puede ser acogido en la posada. Las autoridades del Castillo parecen aceptar así el desafío implicado en la impostura y el desenfado de K. Éste se pasará el resto de la novela, unas 300 páginas, tratando de que su contrato como agrimensor sea debidamente perfeccionado por los

señores del Castillo, lo que legalizaría su residencia en el poblado y su inscripción en un mundo donde, gracias a las jerarquías, imperan el orden y la ley.

Nada más dañino para los esfuerzos integratorios de K. que el lazo amoroso que anuda con Frieda. Frieda es una empleada de la posada, de un nivel cercano al de una sirvienta, de aspecto por lo demás modesto a juzgar por su vestir. Goza, sin embargo, frente al resto del personal de servicio, de un especial ascendiente. Klam, un señor de alta importancia en el Castillo, solicita con frecuencia sus favores. Ese predicamento de la muchacha confiere cierta ambigüedad al interés amoroso que K. desarrolla hacia ella. (Las mujeres serán, también en sus otras novelas, el recurso socorrido de K. Un analista diría: como la madre de Franz lo fue ante Hermann, su padre). El lector tiene dificultades para decidir si K. busca en Frieda un intermediario en sus esfuerzos de legalización, o si a ella lo lleva un impulso instintivo, ajeno a consideraciones de estatus, o sea, si Frieda representa para él la hembra genérica, objeto de fascinación para todo varón. Este comentarista, como otros importantes exégetas, se inclina naturalmente por la segunda opción, pues no se ve cómo K. podría utilizar la influencia de Frieda después de arrebatársela a una alta autoridad —a una figura paterna,

como si dijéramos— haciendo de ella su amante. Frieda, en efecto, después de convertirse en la amante de K., no volverá a ser llamada por Klam, obviamente renuente a rebajar su dignidad compartiendo una querida con un vagabundo. Pero la escena que nos interesa resaltar aquí es el escandaloso apareamiento de K. y Frieda.

El acto de por sí es una transgresión, y con agravantes. K. está en la taberna con Frieda quien, a fin de quedarse a solas con él, se vale de la autoridad que le viene de Klam para expulsar, látigo en mano, a los parroquianos, servidores del Castillo, que a esas horas tardías están todos ebrios. En la cantina ya vacía de clientes aparece enseguida el mesonero, y K. se esconde debajo del mostrador. El mesonero le pregunta a Frieda dónde se habrá metido K., pues no lo ha visto salir. Mientras Frieda asegura que K. partió y el mesonero manifiesta sus dudas, K., desde debajo del mostrador, acaricia las piernas de Frieda, que está parada cerca, detrás del mueble. La plática entre Frieda y el mesonero se prolonga por un rato, y entretanto el pie desnudo de la muchacha masajea el pecho del agrimensor. Cuando el mesonero al fin parte, Frieda y K. se unen en un abrazo frenético y ruedan a lo largo y ancho del piso de la cantina, en medio de los charcos de cerveza y de toda suerte de inmundicias. En su desenfreno llegan al colmo de chocar contra la puerta

de un cuarto donde está Klam, y al llamado autoritario del alto jerarca la muchacha no sólo se niega a acudir sino que golpea la puerta y anuncia que en ese momento se encuentra holgando con el agrimensor. K. y Frieda se ayuntan hasta el amanecer. Entonces advierten que son observados por dos personajes que en el resto de la novela estarán incordiando a K. e irrumpiendo en los momentos más inoportunos, salidos de no se sabe dónde. Son Ártur y Jeremías, los ayudantes que el Castillo, como por burla, ha asignado a K., y que son tan ignorantes como éste del arte de la agrimensura. (Jeremías, dicho sea para los lectores que han olvidado la historia, termina quedándose con Frieda).

LENI

Entramos ahora en *El proceso*, y vamos a resumir la escena que puede considerarse como el mayor desafuero cometido por los tres K's, suficiente para invalidar cualquier pretensión de inocencia, más aún, digámoslo desde ahora, para hacer a José K. merecedor de su condena. El tío de José K., venido desde lejos a auxiliar a éste en el proceso de que es objeto y que de cierta manera compromete a toda la familia, quiere que un importante abogado amigo suyo, hombre influyente y experimentado en los asuntos y trámites de la ley, se encargue del

proceso ante los tribunales. Tío y sobrino van a la casa del abogado, donde son recibidos e introducidos por Leni, que es a la vez criada, amante y enfermera del viejo abogado. Éste, en efecto, se encuentra enfermo, postrado en su lecho, a pesar de lo cual acoge amablemente a los visitantes. Después de que los tres discuten largamente los pormenores del caso y el abogado está dando a José K. valiosos consejos e instrucciones, tío y sobrino son informados de que allí en el cuarto, en un rincón penumbroso—otro toque eminentemente kafkiano— se encuentra un funcionario de la Justicia, nada menos que un Jefe de Oficina. El Jefe de Oficina manifiesta su voluntad de ayudar a los amigos de su amigo, el abogado. De pronto se oye un ruido afuera, como de porcelana que se rompe, y José K., sin ceremonias, abandona la reunión y sale a mirar afuera intuyendo que la muchacha anda cerca. En efecto, allí está Leni, que le confiesa que rompió la loza para llamar su atención, con la esperanza de que él viniera a su encuentro. Leni, sin preámbulos, posa su mano sobre la de José K. y acto seguido lo conduce al gabinete donde el abogado acostumbra recibir a sus clientes. Ante las preguntas de José K. sobre funcionarios de la Justicia que Leni pueda conocer y que tengan influencia ante los tribunales, ella, seductora, le reclama por que sólo piense en su proceso, cosa que

él se apresura a negar. Entonces la muchacha se instala cómodamente sobre las piernas de José K., que está sentado en el sillón del abogado. Sigue un escarceo amoroso, en que sale a relucir una supuesta amante de José K., que Leni se muestra decidida a desbancar. Para convencerlo de que ella es única, incomparable, le muestra un defecto de que seguramente carece su rival, y es que algunos dedos de su mano derecha están unidos entre sí por una membrana como de palmípedo. José K., sorprendido, maravillado, exclama: ¡Qué hermosa garra! Leni contempla con orgullo la emoción de José K. Éste, que no ha dejado de acariciar la garra, se la lleva de pronto a los labios y la besa. Eso desata la pasión: ella le mordisquea el cuello y los cabellos, lo arrastra al piso y allí retozan durante horas. Cuando todo termina, Leni le da la llave de la casa. Entretanto, la reunión de los tres hombres se ha disuelto. El tío debe esperar a su sobrino en la calle, tarde en la noche lluviosa, calado por completo. Con exasperación, con desespero, le cuenta a José K. que, luego de producirse en la reunión un largo y embarazoso silencio, el poderoso funcionario se marchó, no sin antes lanzarle a él, al tío, una mirada compasiva. El generoso abogado, por su parte, dio muestras de un profundo abatimiento, que seguramente acabará con su vida. Todo por una mujerzuela que, para

empeorar las cosas, se nota que es la amante del abogado.

LA SENTENCIA

Las tres escenas descritas compendian los delitos de los tres K's, o sea, el prontuario existencial de Franz Kafka. Hay de todo en ellas. Para empezar, el desprecio de todo sentido práctico, el romanticismo del hombre dominado por sus emociones y motivado quijotesca-mente por la causa dudosa del primer aparecido –caso del fogonero. Enseguida, la transgresión incalificable –simbólicamente asimilable a un parricidio y un incesto– de quitarle una mujer al padre. (Porque un hombre mayor investido de autoridad ¿qué es si no un doble del padre?). Lo anterior, sin olvidar que con ese acto se anula toda posibilidad de inscripción en una legalidad humanizadora, en un mundo jerarquizado y ordenado como el que representa el Castillo. Y, last but not least, el deseo perverso, peor aún, la admiración estética (!) ante la monstruosidad de una mano con todas las apariencias de una garra. Ello, sin olvidar tampoco las palabras del tío: que por holgar con una mujerzuela K., en medio de un proceso que compromete su suerte, ha dejado perder influencias y orientaciones que habrían resultado utilísimas. Franz Kafka se da el lujo de narrar todas esas transgresiones con frescura, en el mal sentido de la

palabra –también en el buen sentido, si adoptamos por un momento el punto de vista de aquellos que se dan a leer libros. El apartamiento respecto a la vida práctica, a la normatividad de la llanura –para usar la metáfora de Thomas Mann–, son ciertamente condiciones definitorias del arte y la literatura. Pero Kafka, a diferencia de Joyce, es un hombre de conciencia, unido consubstancialmente a sus semejantes, incapaz de apoyarse en lo terreno para ponerse en órbita y complacerse en la ingravidez de la letra. Lleva en la piel grabada con agujas, como las de la rastra de *La colonia penitenciaria*, el mandato violado: “Honra a tu padre”, compendio de las leyes de este mundo –un mundo que hace frente a la necesidad, que construye en función del progreso, que acumula por voluntad de poder. El hombre práctico no nombra: actúa. Trabaja, procrea, levanta una familia, en fin, contiene por motivos de estatus. Sus decires no son lenguaje en el sentido en que los intelectuales usan la palabra: son armas de lucha, de seducción, órdenes, expresiones de resistencia o aquiescencia, solicitudes. Cuando dice que hace un bello día no quiere significar que el día es bello sino que está invitando a salir. El hombre práctico, por definición, no responde verbalmente al parloteo de los escritores, de ahí que éstos consideren que su propia posición es irrefutable y se den aires de auto-

suficiencia. Con respecto a ellos, el hombre práctico unas veces aplaude, otras reprueba; muchas veces condena y después consagra. Pero esto en nada cambia la suerte de los artistas y de los hombres de letras que reconocen su culpa. Los mandatos violados que se inscriben como surcos en la carne de los condenados; la manzana arrojada a Gregorio Samsa que se empotra en su espalda y que pudre su cuerpo; las aguas a que se lanza el joven de *La condena* en acatamiento de la orden del padre; en fin, los señores que, después

de acogotar a José K. en una cantera y de cederse entre sí cortésmente el cuchillo, lo matan como un perro, son todas prefiguraciones metafóricas del fin de Franz Kafka, de su temprana muerte por tuberculosis. Se sabe que cuando la enfermedad se declaró por una efusión masiva de sangre, Franz Kafka se sosegó, y hasta se alegró. Por fin se sintió en paz con la vida. Como dijo Bin Laden en entrevista para un periódico inglés: “Un hombre culpable sólo es feliz cuando recibe su justo castigo”. ☹



(Dibujo de Franz Kafka)